

FUENTES, un nombre que crece

por DIEGO MIRAN 2/9/62

El autor de "La región más transparente" y "Las buenas conciencias" ya ocupa un puesto de primera línea en la narración contemporánea de América Latina. Su último libro es, al decir de los comentaristas del continente, la más calificada creación novelística de los últimos años. Por "La muerte de Artemio Cruz" (Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, México, 1962), Carlos Fuentes, en efecto, se coloca al lado de Carpentier, Roa Bastos y nuestro Arguedas. Pero entre este nuevo libro y los dos arriba citados está, como un indicio significativo, el cuento "Aura" (Ediciones Era, colección Alacena, México, 1962), situado en la dimensión fantástica que tan bien domina, sin mengua del espíritu de crítica social que preside su más importante obra, el excelente escritor mexicano. A esta breve historia le da marco —es preciso señalarlo— una bella y original diagramación, característica, de otra parte, de todos los libros puestos en circulación por los editores del sello mencionado.

"Aura" es una narración en segunda persona y, por tanto, consiste en el experimento de un instrumental narrativo difícil,



al cual en "La muerte de Artemio Cruz" Fuentes echa mano ya, probado como está, con seguridad y eficacia. La particularidad radica principalmente en que, por la persona del sujeto, los hechos relatados se proyectan en un incierto futuro, en una neblina temporal que conviene notablemente a las intenciones de la anécdota. Hay alguien, sin duda, que cuenta, pero como si dispusiera a capricho de la vida ajena, de la vida del personaje elegido, y por tanto se ofrece al lector como fatum o destino, como dios o fatalidad.

La voluntad de los seres que habitan la tenebrosa casa de los Llorente — la anciana, el joven profesor, la bella Aura, la coneja mimada, las ratas— está amarrada al autor, mas no directamente, mediante un lazo concreto. De ahí que no pueda estar el lector convencido nunca del desdoblamiento de la centenaria viuda en la cadavérica sobreviviente que yace en su lecho, entre candelabros, y la muchacha delicada de ojos verdes que seduce al historiador y de que coloque los sucesos en la "tierra de nadie" de la alucinación y el embuste, de la realidad y la fantasmagoría. El revivir del recuerdo juvenil en los infolios amarillentos de las memorias del general napoleónico, su resurrección en la sobrina sigilosa que sabe amar con frenesí, ¿acontecen, son infundios, quizá se originan en un delirio?

La ambigüedad es el clima de lo fantástico más memorable (de Hoffmann a James, de Kafka a Borges), pero una ambigüedad en que fantasía y horror se dicen —fluyen, vale decir— con naturalidad, sin aspavientos. De la mejor índole, pues, es este cuento de Fuentes. La historia se desenvuelve tal como se desenvuelve la crisis que, de pronto, a partir de la lectura de un aviso periodístico, absorbe a Felipe Montero, investigador frustrado por la incuria, rutinario maestro, cero en la ciudad. El final, cuando por el amor la anciana promete al amante horrorizado la recuperación de la belleza, de la juventud, del tiempo perdido, uno queda atrapado por esa interrogación en que se cuestionan todas las evidencias, en que se pide auxilio a la realidad para retornar a la superficie de la lógica. Pero la obra de arte está concluida, perfecta.

Testimonio de la maestría de Carlos Fuentes — estilo y creación—, "Aura" cuenta en su obra narrativa como señal de que afina sus procedimientos, los convierte en cada vez más útiles a los propósitos comunicativos y los enriquece con la finalidad significativa pero sin abrumarse ni abrumarnos. No en vano ni por azar su nombre crece.